

cklin, situados en ambas extremidades de la galería Desaix, pueden funcionar simultánea ó separadamente y á cierta distancia por un solo teclado. Hasta sería posible, en una iglesia donde faltara sitio, dividir los órganos en varias partes enlazadas por el fluido.

Pero vamos sin detenernos á la tracción eléctrica que comienza á prestar tan grandes servicios para los tranvías y caminos de hierro urbanos. La casa Thomson-Houston expone en la clase 61 dos locomotoras eléctricas de su sistema; la corriente, introducida en un hilo tendido sobre la vía, se recoge en un disco sostenido por un aparato de resorte fijo en el coche, y pasa al dinamo que gobierna el eje por medio de engranajes. Nada más sencillo, y esto ha dado ya en América excelentes resultados.

El más antiguo uso del fluido eléctrico, y uno de los más esenciales, es la telegrafía. El pabellón de Correos y Telégrafos, en la Explanada de los Inválidos, contiene una exposición muy completa de los aparatos telegráficos en uso, la cual atestigua en esta parte, como en todas las demás, los inmensos progresos realizados desde hace diez años.

En el primer piso del pabellón de la Sociedad de los Teléfonos vemos funcionar una estación central del nuevo sistema de conmutador múltiple, que puede servir á 3,000 abonados, y que pone en comunicación á los 400 del Campo de Marte, bien sea entre sí, ó con los de París, del Havre, de Lyon, de Marsella, etc. Es muy curioso; pero la instalación del piso bajo atrae mucho más al público: allí están las cuatro salas de audiciones teatrales, que se comunican con nuestros principales coliseos; y el teléfono hace llegar hasta el oído, á través de la distancia, la voz y el canto de nuestros más notables artistas. ¿A qué no se aplicará hoy la telefonía?

Las salas de audición telefónica contienen también algunos fonógrafos Edison. Aunque este aparato entra en rigor en el dominio mecánico, el último descubrimiento del ilustre americano se relaciona con el teléfono por los estudios á que ha dado lugar sobre la articulación y la reproducción de los sonidos y los movimientos vibratorios de las placas.

El nuevo fonógrafo es una de las grandes curiosidades de la Exposición de 1889; mas á pesar del asombro que excita, parece que el espíritu público no se ha penetrado aún de su extraordinaria utilidad práctica, ni ha presentado su porvenir.

MAURICIO SIMON



Estudiantina sevillana.

LA MÚSICA EN LOS CAFÉS

En el tiempo, ya remoto, en que yo no contaba más que veinte años, cuando habitaba en el barrio de las Escuelas con otros alegres compañeros, acostumbrábamos á reunirnos en las cervecerías, muy pintorescas al parecer en aquella época, porque eran bastante raras.

Y allí teníamos poco más ó menos lo que hoy presenta en gran escala nuestra Exposición universal á la miradas de las naciones.

Esto no es una crítica, sino un recuerdo.

En las cervecerías de entonces encontrábanse hermosas jóvenes que ostentaban diversos trajes como en un carnaval eterno, luciendo cada cual los colores de su país; veíanse muchas alsacianas, italianas, españolas y griegas, que llegaban no sé de dónde; y hasta creería que eran más indígenas que las del Campo de Marte.

En cuanto á nuestros músicos, como si dijéramos nuestros Tziganes, estaban perfectamente en carácter, aunque no vestían de rojo ni se engalanaban con lentejuelas doradas ni gorras de astrakán, pues eran simplemente vagabundos que no tenían más casa que la calle, y procedían todos de Saboya y del Piamonte. Cuando estos rumanos rasaban el arpa, la guitarra ó el violín, interrumpiendo de vez en cuando su áspera melodía para dejar oír la voz de alguna joven morena que ocultaba sus pies sin medias y sus zapatos de hombre, ostentando, como una contradicción, agujas de oro en el cabello, expe-

rimentábamos á pesar de todo la misma vertiginosa embriaguez, la misma excitación nerviosa que las hermosas damas que asisten á la Exposición de este memorable año de 1889 y se embelesan al oír los acordes de las orquestas húngaras.

Entre esos artistas ambulantes del Campo de Marte los más interesantes son, con los Tziganes de la Czarda del muelle de Orsay, los Lautars de la taberna rumana; ellos también se deben calificar de primitivos, y son más bohemios que los nuestros de otra época. Estos seres, maravillosamente dotados bajo el punto de vista musical, son casi instrumentos ellos mismos; no carecen de esa ciencia; ignoran la primera sílaba, y hasta la primera letra; pero si oyen tocar algo escuchan, lo aprenden de oído y repítelo al punto.

En el orden armónico podría llamárseles «locos de genio...» y también tienen algo de monos.

Algunos tocan haciendo llorar ó reír á su violín; otros soplan en la flauta de Pan, especie de piporro antiguo.

Su traje es rico, pero sobrio en colores: se compone de un dormán blanco, rayado de negro, cuya manga, muy corta, termina en el antebrazo, dejando pasar la camisa, lo cual recuerda hasta cierto punto la manga del Directorio; el pantalón, blanco y largo, se sujeta con un ancho cinturón, y ninguno calza botas.

Su repertorio se compone principalmente de aires nacionales, entre los que se distingue el *Postillón*, especie de marcha alegre, acompañada de cascabeles, y que todos los días entusiasma al público. El sonido de esta flauta de caña agrega de vez en cuando algunas notas alegres imprevistas.

Después vienen los cantos de amor, también de Bohemia, y síguense al fin algunos vales de Strauss.

Los Lautars son en su país simples menestrales, cantores ambulantes, que van al azar por las calles y caminos con la esperanza de ganar algún cuarto; y á decir verdad, ganan mucho dinero, y viven á su manera, por lo cual no podemos censurarlos.

La princesa Dolgoruki, que guarda una misteriosa leyenda de amor cosaco, tiene su orquesta en casa de Volpini, frente al Pabellón de la prensa: sus comparsas son tres mujeres jóvenes, dos de ellas muy lindas.

En los cafés tunecinos, egipcios, marroquíes y argelinos del Campo de Marte y la Explanada, en medio de sonidos bárbaros, ejecútase la famosa danza del vientre, que ha hecho correr á muchos, sin que yo sepa por qué.

Tales son las principales orquestas de café que ocupan el triple recinto de la Exposición universal.

En otra parte tenemos los gitanos, «con su capitán,» según reza el anuncio: aquí es cuestión de guitarras, castañuelas y movimiento de caderas. Es un espectáculo popular, verdaderamente extraño en su libertad.

Y por todas partes encuéntrase además serbios que hacen resonar el tamboril, españoles que tocan la bandurria, y siempre Tziganes...

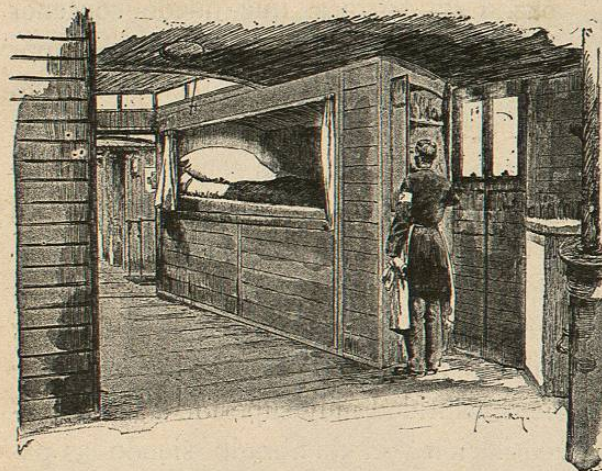
Todo esto no me parece mal; pero nada me hace olvidar mis músicos de las cervecerías de otra época, mis ensueños pasados, aquellas dulces melodías improvisadas, y sobre todo, mis veinte años de entonces.

Y paréceme que por esto nadie me puede motejar.

MAURICIO MONTEGUT

EXPOSICIÓN DE SOCORROS Á LOS HERIDOS

EN LA EXPLANADA



Pabellón de las Damas de Francia. Cámara de operar

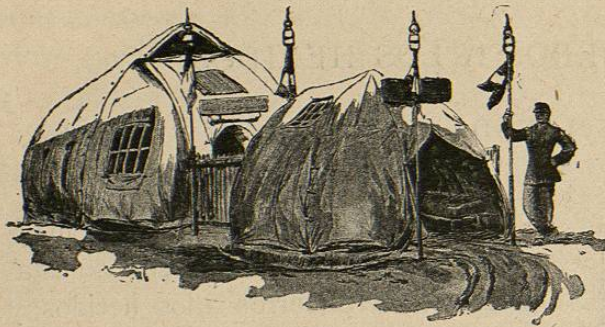
Como era natural, junto á la magnífica exposición de la Guerra se estableció la de Socorros á los heridos; y se comprenderá su gran interés é importancia si se recuerda la carencia completa de auxilios médicos al comenzar nuestros desastres. Las ambulancias civiles se formaban y acudían presurosas, con una abnegación digna del mayor elogio; pero nada estaba preparado y todo se organizó bajo el fuego del enemigo. Es un verdadero consuelo para nosotros pensar que en adelante las víctimas de sangrientas luchas no quedarán

abandonadas en cualquier sitio sin asistencia ni esperanza.

Debemos esta exposición notable á diversas asociaciones, y principalmente á la *Unión de las Damas de Francia* y á la *Sociedad de socorros á los heridos*. Su misión ha sido tanto más difícil, cuanto que faltaba todo precedente; antes de 1870 no existía nada fuera del servicio médico militar; y por desgracia, cuando se sufrieron las primeras derrotas, vióse claramente que á pesar del celo, del valor y de la ciencia de nuestros cirujanos, las ambulancias regulares no bastarían. Fué una lección cruel, pero dió sus frutos.

No es cosa fácil dar cuenta en algunos párrafos de una exposición como esta, donde se encuentra todo, desde el hospital móvil hasta los instrumentos y las hilas, implicando no solamente lo que se ve, sino también lo que no se ve, es decir el numeroso personal reclutado en todos los puntos de nuestro territorio, y cuya organización es admirable. Ejemplo de ello tenemos en la *Asociación de las Damas de Francia*, fundada y dirigida por Mme. Koëchlin-Schwartz, que le ha consagrado su inteligencia y su vida, con ayuda de otras nobles damas, las cuales quisieron contribuir también á tan benéfica obra.

Al entrar en esta exposición comiézase por ver unas tiendas ligeras, destinadas á montarse lo más cerca posible del lugar de la acción; en ellas se depositará á los heridos apenas se recojan á fin de administrarles los primeros socorros antes de trasladarlos á los hospitales. Cada tienda contiene diez camas, y junto á ella habrá otra más reducida para las operaciones quirúrgicas. Sobre una mesa está la caja de los instrumentos de cirugía, en otra se ven diversas vasijas, jofainas de porcelana ó de metal, frascos llenos de líquidos antisépticos; una caja con vendajes, trapos, hilas, etc.; y junto á la cama de operaciones, almohadas de caucho, algunas de ellas articuladas, para que el paciente pueda tomar la posición más cómoda. En todo se nota la más rigurosa limpieza, y el mayor cuidado en todos los detalles. Gracias á los antisépticos, y á los nuevos métodos de operar y curar, la gangrena, la infección purulenta y las afecciones micróbicas se conjuran ahora casi del todo; mientras que en otra época, durante las guerras del primer Imperio, perdíase un 90 por 100 de los heridos.



Tiendas de ambulancias

Visitemos ahora el gran pabellón desmontable de madera de las «Damas de Francia,» destinado á servir temporalmente de hospital en tiempo de guerra, y de pabellón de aislamiento durante la paz. Esta barraca, que puede contener veinte camas, es el modelo adoptado por la Asociación. El hospital completo, según dice el constructor, comprendería de cuatro á seis barracas semejantes, separadas una de otra por un espacio de 15 metros, habiendo además un pabellón especial para los servicios generales. El conjunto podría contener de 80 á 120 camas; y sería fácil agregar un pabellón destinado para la farmacia, el depósito de ropa blanca y la cocina.

La construcción consta de un solo piso, apoyado en sólidos postes; mide 8 metros de ancho por 28 de longitud; y la sala contiene un cubo de aire de 681 metros; de modo que veinte heridos tendrían cada cual 35 metros cúbicos, cantidad muy superior á la necesaria. Se ha previsto todo para la calefacción, la ventilación y el alumbrado, siendo las paredes dobles á fin de disminuir la acción del calor en los días sofocantes del verano.

El precio de semejante barraca de veinte camas es de 17.000 pesetas, incluso el mobiliario, los aparatos de calefacción, etc., es decir 850 por cama.

La «Sociedad de socorros á los heridos» ha expuesto otras barracas muy dignas de estudio; pero la parte más interesante, á nuestro modo de ver, es el material de las ambulancias: modelos de angarillas de lona montadas sobre ballestas de acero para ir á recoger los heridos en el campo de batalla; cochecitos con almohadones sobrepuestos; coches cocinas; ganchos para suspender las angarillas en carretas rurales; cajas negras más grandes que las cantinas de los oficiales, y enormes cestos cuadrados revestidos de lona embreada. Unas y otras contienen todo el material indispensable para montar instantáneamente un hospital que pueda contener doscientas camas.

Aquí deberíamos abordar la cuestión del transporte de heridos, pero, faltándonos espacio para ello, nos limitaremos á decir que se ha hecho todo lo posible para perfeccionar las angarillas de manera que los infelices á quienes se conduce puedan sostenerse bien en toda su longitud sin que les molesten las traviesas ni los movimientos. El esfuerzo de los especialistas, como el Dr. Bouloumié, se ha consagrado también á la transformación de diversos vehículos en coches de ambulancia, por medio de cuerdas de suspensión que sostienen angarillas. Los mismos procedimientos se aplicaron con buen éxito á los furgones de mercancías, pues los trenes sanitarios contruidos especialmente por los ministerios de la Guerra y Obras públicas, no bastarían, por desgracia, después de una gran batalla.

En resumen, ante los resultados obtenidos, admírase cuanto se ve en esta exposición donde se reconoce que todo se ha previsto, sin dejar nada á la casualidad. La muerte no es de temer cuando se nos hiere de frente y de un sólo golpe; pero el dolor físico es horrible. Pensemos siempre en ello, y sépase que más pronto ó más tarde, miles de hombres que caen defendiendo su patria, bendecirán á los que por su generosidad y previsión hayan dulcificado su desgracia.

DR. JOSEPH-MICHEL

EL PUEBLECILLO PAHUINO

(GABON-CONGO.)



Tejedor aduma

Detrás del Palacio Central de las Colonias, en la Explanada, hállase el grupo de Gabón-Congo, en cuyo centro el pueblecillo pahuino ostenta sus casetas rojizas, con tejadillos trenzados como el cabello de una mujer.

Este pueblecillo, además de la extravagancia de su arquitectura primitiva y de sus materiales de madera más dura que el hierro, tiene una originalidad que seguramente le distingue de todos los demás grupos de esta especie en la Exposición, senegalés, tunecino ó javanés; y es que los naturales que le habitan no son pahuinos.

Los pahuinos son un pueblo sumamente guerrero, siempre en disposición de sustituir el tamboril de sus danzas con el pesado y ruidoso tambor de batalla. A la entrada de sus pueblos, se ve al dios de las luchas y de las matanzas,

espantosa figura de hombre bonachón, tallado en la madera dura, y que á menudo tiene fruncido el ceño: cuando la población válida cree observar esta particularidad, empuña al punto sus largas lanzas, embrazando sus escudos, para invadir el país vecino ó rechazar al invasor.

Por el cambio de marfil obtienen armas y bujerías de vidrio para adornarse; y en los combates adquieren mujeres esclavas, preciosas para distraer su pereza.

Cuando se hubieron trazado los planos necesarios y traído después pieza por pieza del país pahuino (en el Gabón, en las orillas del río Congo) las casetas y chozas, preguntóse á uno de los jefes de esos cazadores de elefantes, si podría facilitar una docena de individuos para ocupar aquel pueblo trasplantado, pero el jefe se negó por temor de que aprovechándose de la marcha de algunos guerreros, los vecinos poco generosos hicieran resonar el pesado tambor de guerra.

Resulta, pues, que no hay pahuinos en el pueblo de su nombre; y en su lugar lo habitan Adumas y Okandés, remeros del Congo francés, que hace ya algunos años están al servicio de la administración y son compañeros de M. de Brazza.

En la visita que les hice, comprendí desde luego que la estricta disciplina se mantendría con mucha dificultad entre aquellos indígenas acostumbrados á las carreras largas y á las aventuras peligrosas. Los hombres, así como los marinos en tierra, no tratan de exhibirse en París, lo cual no conviene á su naturaleza salvaje y guerrera, sino á disfrutar un poco de todo cuanto les rodea.